

La guerra del fascismo

Todavía hay algo más que decir, dolorosamente, en relación al asesinato, en estos días, de decenas de jóvenes argentinos, y sobre las circunstancias siniestras que han rodeado estos hechos.

Porque corremos el grave riesgo de perder la capacidad de conmovernos, y de no comprender su real significado, ante acontecimientos que parecieran adquirir sello de normalidad por el solo hecho de transformarse en hábito, hiriéndonos cada vez menos con su brutalidad ofensiva. Peligrosa ley la del acostumbramiento, en la que confían la dominación exterior y los fascismos internos, para asegurar su impunidad.

En los grandes números, comienza a diluirse la dimensión humana. Y adquieren carácter de simples guarismos estadísticos los 600 mil uruguayos desterrados, los cientos de miles de brasileños, bolivianos y chilenos asesinados, encarcelados, torturados y expatriados.

Sin embargo, se trata en esos países —como en cualquier otro en que se entronice el fascismo— de unos procesos sociales que comprometen la vida, la libertad y la dignidad no sólo de quienes asumen actitudes de militancia activa en defensa de los valores nacionales y proyectos de mayor justicia social, sino también de todos y de cualquiera de esa mayoría de ciudadanos supuestamente no comprometidos, "apolíticos", para los que no hay ya, bajo el fascismo, refugio en la abstención y la pasividad; dondequiera que esté: en el trabajo manual de la tierra o la fábrica, en la creación artística o la construcción científica, en el estudio o la enseñanza, en la calle o en su hogar.

Sólo hay un modo de entenderlo, de desentrañar la racionalidad, por perversa que sea, que llega a explicarlo: aceptar y hacerse cargo del hecho de que, cuando tales regímenes proclaman en los bandos militares el "estado de guerra interior", no están haciendo uso de una figura retórica, sino comunicando una decisión tan fría como implacable. Es, de verdad, la guerra del fascismo.

Es más, está escrita así en los "manuales" en que se forman sus estrategias y ejecutores. "Guerra moderna" la designa el coronel Roger Trinquier, en el libro del mismo nombre, en que trasmite sus experiencias de Indochina y Argelia, y en que sienta del modo más terminante ese carácter generalizado de tal "guerra" al decir que "en esta lucha el habitante, en su casa, es el centro del conflicto".

Leer unos párrafos suyos es reproducir imágenes fieles de lo que ocurre hoy en el Cono Sur de nuestra América La-

tina: "...es conveniente declarar la existencia de estado de guerra... El ejército debe realizar sus mejores incursiones en aquellos campos donde la población es más densa. Esto es, en las ciudades... La acción policiaca, en definitiva, debe ser realizada como una acción más de guerra. Y debe desarrollarse y completarse en forma y precisión tal, que nuestro adversario pueda ser aniquilado totalmente... Un buen Servicio de Inteligencia... estudiará cuidadosamente a cada uno de los ciudadanos, por distritos, por barriadas, por casas, y conocerá a fondo quién es quién, y de qué vive... Hay que contar con que el habitante no tendrá muchos deseos de cooperar. Y esta cooperación hay que buscarla por medio del peligro... tenemos que invitarle a formar parte de una amplia estructuración que ha de comprender, en distintas ramificaciones, a toda la población... No podemos esperar que todos los habitantes de una población se conviertan en agentes nuestros. Pero como la guerra moderna requiere la obtención de la mayor cantidad de informes posibles, tienen que hacerse grandes esfuerzos para establecer una larga cadena de informantes..."

Así se consignan la sentencia para unos, la indignidad como precio para la sobrevivencia de otros, y el terror permanente para todos. No son párrafos de ficción, sino expresiones de un realidad de esa guerra del fascismo. Cuando se desencadena, nadie queda al margen, ni mucho menos aquellas "capas medias" que en su confusión de valores suelen "inconcientemente" alimentarla, quizás, entre otras cosas, porque en esos países nuestros del sur no conocieron e no creyeron oportunamente en "reflexiones" como ésta del mismo coronel Trinquier: "Aunque la experiencia ha demostrado que obtener confesiones y denuncias entre las gentes del pueblo no es cosa fácil, en cambio, cuando uno dirige sus pasos hacia niveles más altos, digamos hacia los intelectuales, la obtención de estas cosas no es realmente difícil".

Es en esa guerra que se nos impone que se descargue sobre nuestros pueblos en nombre de intereses ya bien conocidos, en la que caen como luchadores esos jóvenes argentinos, y en la que se desangra día a día lo mejor de las juventudes de esos países. El sacrificio de sus vidas se constituye entretanto en tributo inolvidable a la victoria ineludible; porque si pueden ser inciertos los resultados de una confrontación de guerra entre ejércitos, no es así en esta guerra del fascismo, desde que son los pueblos mismos los que se comprometen en ella.